

LOS ENCASTILLADOS DE LA RECONQUISTA: OMAR BEN HAFSUN

por RAMON SANCHEZ DIAZ
Teniente Coronel del Servicio Histórico Militar

Una crisis histórica en la invasión musulmana.

El movimiento expansivo del Islán tenía, en sus orígenes, alcance universal. El año octavo de la Hégira, el Profeta había dirigido una proclama al mundo requiriendo la sumisión de toda la humanidad a la nueva fe (1). Efectivamente, al invadir los árabes España, el año 711, no se detuvieron en la barrera pirenaica: en 720 habían conquistado Narbona y sitiado Tolosa (Toulouse); en 725 conquistaron Carcasona, sometieron una parte de Septimania y destruyeron Autun. Iban camino de Tours, capital eclesiástica del reino franco. En 723 ocuparon Aviñón transitoriamente y conservaron la plaza de Narbona hasta 759. Aparte de la victoria de Carlos Martel en la batalla de Poitiers, contribuyeron a paralizar las fuerzas árabes en Francia las sublevaciones de los turcos y de los persas, la victoriosa defensa de Constantinopla por el emperador Isaurio (Conon o León El Isáurico), y la resistencia española de 718. A estas circunstancias, de por sí serias, es preciso añadir la situación creada por las rivalidades que desde el primer momento existieron entre los distintos bandos conquistadores. Sea como fuere, el intento musulmán constituye una de las grandes crisis de la Historia. Esta crisis duró a España 781 años —de 711 a 1492— y se llamó Reconquista.

(1) D. S. MARGOLIOTH: *Islamismo*, Ed. Labor, Barcelona 1935, p. 8. Dice exactamente el autor: *El año octavo de la Hégira, el Profeta dirigió una proclama al mundo, requiriendo la sumisión al Islám de toda la Humanidad. Esto fue desde entonces impuesto por as armas; donde los vencidos no se vieron forzados a aceptarlo, se les redujo, por haberlo rechazado, a la condición de casta tributaria.*

*Fondo guerrillero de la
Reconquista inicial.*

Empecemos por aclarar que la palabra reconquista parece inadecuada para abarcar con ella una zona cronológica de casi ocho siglos, durante los cuales España verifica la obra forzosamente lenta e inevitablemente penosa y sangrienta de recuperación del suelo nacional.

La Reconquista nació, con signo de guerrilla, el año 718 y en un rincón montañoso del noroeste de España (Asturias). El único nombre de hombre que recogió la Historia en esta ocasión es el de Don Pelayo, sin que pueda decirse de él, frente a ningún documento fehaciente, si era noble o plebeyo, español de ascendencia celtibérica, godo de origen o hispanorromano. Sin embargo, Sánchez Cano (2) afirma que Don Pelayo era un príncipe cántabro, deudo inmediato del último rey godo de la Península; Ballesteros (3), dice: «Los hispanos de las montañas cantábricas eligieron rey a Don Pelayo, godo de la sangre real de Chindasvinto, hispanorromano, asturiano, gallego o lebaniego». Por último, otros historiadores como el marqués de Lozoya y el conde Clonard, lo creen hijo de un Fávila, duque éste de Cantabria, y que asistió como infante a la batalla de Guadalete.

Las crónicas españolas posteriores a la sublevación astur, a fuerza de abultar la personalidad de Don Pelayo y de sublimar su gesta, lograron hacer de ambas cosas una sola: una hermosa y pobre leyenda de nobles caballeros, de rocas que se derrumban sobre el infiel, y de flechas enemigas que se revuelven en el aire contra sus propios tiradores... Por su parte, los cronistas árabes restan toda importancia al hecho, hablando sólo de un número pequeñísimo de sublevados, aislados por completo y desprovistos de toda manera de procurarse víveres, hasta el punto de tener que alimentarse con la miel de las abejas silvestres; no valió la pena atacarlos y los dejaron abandonados, esperando verles morir de hambre... Esta referencia al pequeñísimo número de sublevados la encontramos también en Sebastián, obispo de Salamanca, que escribió 200 años después de la batalla. Según este prelado, Pelayo y su pequeña banda de 30 guerreros mataron al general moro... Claudio Sánchez Albornoz (4), opina también que *han sido frecuentes hasta ayer mismo las hipótesis sobre las fuerzas enemigas derro-*

(2) D. P. SÁNCHEZ CANO: *Efigies y firmas de los Reyes de España*. Madrid 1965, pág. 34.

(3) ANTONIO BALLESTEROS BERETA: *Síntesis de Historia de España*, cap. VIII.

(4) CLAUDIO SÁNCHEZ ALBORNOZ: *¿Se peleó en Covadonga?* En Revista «Archivum» de la Facultad de Filosofía y Letras de Oviedo: tomo XII (1962), página 90 y ss.

tadas, y sobre el número de víctimas perdidas por el adversario en el combate.

Al despejar el hecho de su ropaje imaginativo, nos encontramos con la verdad incuestionable de que un grupo de españoles refugiados en la montaña hace frente al invasor. Es la eterna guerrilla con su jefe —la banda, que dice Sebastián—, nimbada ahora por el halo traslúcido de la victoria envuelta en prodigio. De esta célula primaria de resistencia, de esta guerrilla, habían de derivarse consecuencias inconmensurables para la Historia Universal. No podemos imaginarnos el giro que habría tomado el mundo si aquel pequeño grupo de españoles no hubiera hecho posible la Reconquista: es muy fácil que las azoras alcoránicas hubieran sustituido a los versículos evangélicos.

Después del éxito de Don Pelayo, conocido por la batalla de Covadonga, los nuevos amos de la Península, más amos por la adhesión de los hispanorromanos que por las armas, tuvieron que aceptar la existencia de un exíguo principado en el remoto y poco atractivo Noroeste.

En un momento tan importante como oscuro de la Historia, casi resulta absurdo seguir las fuentes clásicas de los hechos, en las que es imposible dar un paso sin tropezar con el obstáculo de la razón; sin que nos salga al encuentro una verdad a precio de inflación...

Mucho más verosímil que el grupo de nobles godos defendiéndose en Covadonga, nos parece la posibilidad más modesta de una guerrilla que protagoniza uno de esos combates de montaña en que unos cuantos hombres decididos y bien situados pueden castigar a una fuerza encerrada en un paso reducido y sin facilidad para la retirada. En este caso, la Reconquista habría empezado en una simple guerrilla.

Creemos que esta opinión se ajusta más que ninguna otra a lo posible, y que quizá sea la que más responde a la exigencia histórica sin restar brillo al origen de la Reconquista y sin menguar el mérito de sus intérpretes (5).

En quien ya tenemos que ver al guerrillero de cuerpo entero es en Alfonso I el Católico, verdadero fundador del reino de Asturias por lo que a los acrecentamientos territoriales se refiere. Un guerrillero con título de rey, pero guerrillero al fin y al cabo. Reinó dieciocho años: de 739 a 757. De él dice Lévi-Provençal, autoridad en la materia, que a medida que los musulmanes evacuaban los territorios que ocupaban, Alfonso I los hostilizaba con frecuentes guerrillas. Otros autores lo presentan como jefe de correrías, lo que viene a asignificar y a ser lo mismo que jefe de guerrillas.

(5) *Historia de España*, de R. MENÉNEZ PIDAL, tomo IX, Espasa-Calpe, Madrid, 1950.

Este primer esfuerzo de resistencia y expansión, cuyo signo predominante es la tenacidad, terminó prolongándose con obligada lentitud a lo largo de la cordillera pirenaica, zona antigua de insumisión. En los cincuenta años que dura esta fase de la Reconquista, no se registra acción guerrera con nombre de batalla, a pesar de la facilidad con que los cronistas de ambos campos prodigan tal palabra. Pero sí se habla de correrías cristianas, de racias y de aceifas musulmanas, acciones que, sin duda, tenían que ser ejecutadas por bandas o guerrillas, independientemente del nombre con que se les denominara.

Después de este medio siglo de luchas, la Reconquista presenta un balance bastante negativo para el Islám trasvasado a España, que pierde algo más de la cuarta parte del terreno conquistado. A partir de este momento ya hay dos Españas: la musulmana y la cristiana, y entre ellas, separándolas, una franja de tierra deshabitada, un *no man's land* al que se llamó marca, como se seguirán llamando en lo sucesivo las fajas de separación territorial entre moros y cristianos. Marçais (6) define estas marcas como *regiones abiertas a las correrías, donde se riñen combates de detención*, definición que vuelve a confirmar la presencia combativa de la guerrilla.

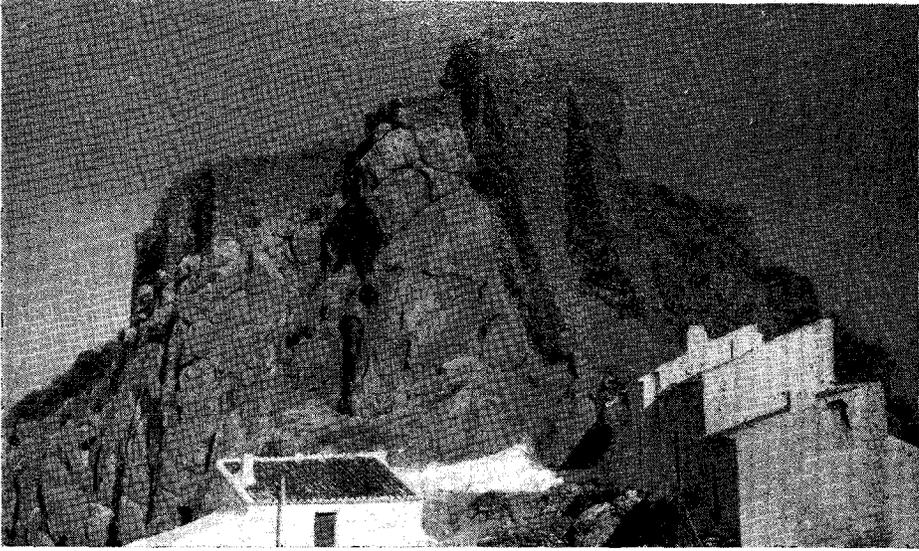
La Reconquista más allá de los hechos concretos.

Acabamos de aludir a cincuenta años de reconquista —es decir: a cincuenta años de guerra— y con ello no hemos hecho más que cubrir una ligera etapa del trayecto: exactamente, una dieciseisava parte. Dicho en otras palabras, aún nos separa de la meta final un largo camino de siete siglos. No resulta fácil comprender cómo, en tan dilatado tiempo, no decae y sucumbe para siempre el espíritu occidental del pueblo español. Sabemos que la Reconquista no fue guerra continua, pero sí pugna permanente. «La lucha multiseccular de España contra el Islam es el hecho capital de su historia y uno de los hechos capitales de la historia del mundo occidental. Los tres otros grandes hechos que dominan su historia —a saber: el descubrimiento de América, la lucha contra el Protestantismo y la lucha por permanecer una gran potencia europea— se derivan más o menos directamente de etse hecho inicial». Añade que «esta historia lejana, este duelo interminable del español contra el moro, no es más que un episodio de la eterna lucha de Oriente contra Occidente» (7).

Al traer esta cita de Bertrand, podríamos buscar otras que la apoyaran y otras que la destruyeran. La opinión es, muchas ve-

(6) MARÇAIS: *Le passé de L'Algérie musulmane*.

(7) LOUIS BERTRAN: *Histoire d'Espagne*, Paris, 1932.



Ruinas del castillo de Ardales (Málaga), punto fuerte de la resistencia de Hafsún.



Esto es todo lo que queda hoy del castillo o palacio-fortaleza de Bobastro, materialmente arrasado por Abderrahmán III: un montón de piedras que apenas permite seguir la línea de los cimientos.



Estado actual de la iglesia mozárabe de Bobastro, tallada en roca viva por Samuel Hafsún, en la que también mandó hacer su propia tumba. Finales del siglo IX y principios del X. Tiene las siguientes dimensiones: 16,50 m. de largo por la nave central; 10,50 de ancho por el crucero. La nave central mide 9,40 m. de largo, sin el crucero, y 3 m. de ancho. Los muros son de 50 a 60 cm. de espesor.



Tres colaboradores para este trabajo —G. C. José Martín, don Antonio Zurita y don Antonio Recio, capitán de la G. C. de Ronda— visitan la fosa rupestre en la que, hace 1.055 años, fue enterrado Samuel Hafsún.

ces, una trampa de palabras y de fórmulas, que nada tiene que ver con la razón. Para un historiador tan documentado como Dozy, la Reconquista fue una especie de banquete con invitados molestos —los cristianos— y estos invitados no supieron deglutir, y menos paladear, las tiernas viandas que les ofrecía la civilización musulmana.

*Mimetismo de la guerrilla;
Los encastillados.*

Una forma mimética de la guerrilla es la de los encastillados. Durante la Reconquista, los encastillados eran individuos que, cansados de soportar una vida de sumisión que juzgaban indigna, levantaban bandera de rebeldía en campo infiel encerrándose o situándose a la defensiva en cualquier lugar —castillo o no— que reuniera condiciones para ello. De esta manera cumplían con el virus guerrillero de la raza, y al mismo tiempo, se entretenían racionando los poblados inmediatos según las reglas de una guerra que sólo ellos comprendían y que sólo a ellos importaba. El final de estas gestas solía ser el que buscaban: la muerte en libertad.

En las Memorias de Abdaláh, rey moro de Granada, figura una curiosa referencia a los encastillados: «Tomar un castillo a filo de espada hubiera sido una magnífica cosa para un príncipe como yo; pero lo que ocurría es que se presentaba uno ante él y no podía ocuparlo, tanto por la defensa que oponía como por los preparativos del interior; y tampoco se podía sitiarse hasta que se acabaran sus reservas, pues al enemigo no cesaban de venirle socorros. Al final, tenía que levantar el sitio». Abdaláh, sin sospecharlo, nos legó la descripción de una guerrilla encastillada y sitiada, a la que socorre con suministros la población civil desafecta, como diría cualquier parte informativo de nuestros tiempos.

Omar Ben Hafsún o Samuel Hafsún

La atención histórica sobre los encastillados se centra en Omar ben Hafsún, de personalidad difusa y discutible, mitad caballero y mitad bandido —se dijo de él—, musulmán por fuera, cristiano por dentro y, siempre, español de vieja cepa y guerrillero por los cuatro costados.

Omar había nacido en la Sierra de Ronda, tierra de endiablada topografía y de alta alcornia guerrillera; alcazaba de rebeliones históricas y patria real y adoptiva del bandolerismo romántico.

La Sierra recibe el nombre de la ciudad: Ronda, la antigua Arunda de los romanos, que se eleva en el centro de un amplio círculo de montañas de difícil acceso, dominando una de las más fértiles vegas de la España meridional. Ronda, con sus valles y

sus famosos barrancos, fue teatro de enconadas luchas entre los reyes moros de Sevilla, Granada y Málaga; y ahondando más en las entrañas de la Historia, escenario de la batalla entre César y las huestes pompeyanas.

Cuando nació Omar hacía dos generaciones que la familia Hafsún se había refugiado en un caserío de la Sierra de Ronda, como otros tantos españoles que, por diversas causas, no querían o no podían soportar el contacto diario con los musulmanes, incluso después de haber abrazado la religión alcoránica como salida circunstancial para su libertad. Tal era el caso del abuelo de Omar, llamado Chafar el Islami; es decir, el islami o islámico, sobrenombre que se daba y que suele darse todavía hoy a todo individuo que se hace musulmán. Respecto al nombre de hafsún o hafsón, procede de la palabra *hafs*, que significa cachorro de león y que da el nombre propio de *Abuhafs*, cuyo intensivo serían Hafsón.

Estos musulmanes nuevos siempre llevaban dentro al cristino viejo, y en realidad, en vez de mejorar de estado, lo único que lo granaban era situarse en una postura más molesta que la anterior a su conversión, pues eran rechazados por los dos polos religiosos entonces en pugna. Además, solía ocurrir que al crecer el clan familiar, alguno de los miembros de las nuevas generaciones se sentía atraído por la antigua religión y volvía al seno del cristianismo, como sucedió con Omar y sus hermanos. Entre sus hijos se encontraba Argéntea, fundadora de un convento de monjas en Bobastro, al que convirtió en célula del cristianismo recalcitrante y combativo, apoyada siempre por el propio Omar, quien una vez arrancada la máscara heredada de mahometano, recibió el bautismo y se puso por nombre Samuel. Hubo épocas de su vida en que su celo religioso llegó al misticismo, que patentizó construyendo y reconstruyendo iglesias, a la manera de cualquier príncipe cristiano de la Reconquista.

Sin embargo, los comienzos de Omar fueron turbulentos: tenía mala ficha policial, como diríamos hoy. Se le achacó un crimen cometido en una riña de adolescentes, y parece ser que era conocido en toda la Serranía por su brava e insultante arrogancia. Dio sus primeros pasos de cabecilla rebelde organizando una guerrilla y lanzándose con ella a la montaña; pero, decretada su captura por la autoridad musulmana, un día cogió un falucho y huyó a Berbería, donde intentó aprender el oficio de sastre en el taller de otro refugiado español de la Serranía.

Fácil resulta suponer que hombre de tales agallas y gozando ya de prestigio guerrillero, no cruzara el Estrecho de Gibraltar para contentarse luego con ser aprendiz de sastre... Efectivamente, poco tiempo después, en el año 850, regresó a su Serranía y capitaneó una guerrilla compuesta, al principio, por una cuarentena de hombres decididos, previamente elegidos por un tío suyo, con los que se encastilló en una antigua fortaleza romana. Esta fortaleza había servido de sede al Municipium Sigillense Barbastrense, y poseía muy buenas

condiciones poliercéticas. Hoy en día, rescatada del olvido por los arqueólogos, se conoce esta fortaleza por Castillo de Bobastro, como en los tiempos de Samuel Hafsún...

Omar, desde su castillo, se erigió en señor y gobernador de la Serranía durante dos o tres años, hasta el extremo de someter a sus habitantes al pago de impuestos. En la realidad de aquella época, que para nosotros es desconcertante, Omar ben Hafsún llegó a ser una especie de reyezuelo independiente. Pero esta situación no podía durar eternamente. Cansado de ella el Emir de Córdoba, rodeó la Serranía y obligó a Omar y a su corte a la rendición. Omar, con sus fieles más inmediatos, fue conducido a presencia del Emir. La pena de muerte para todos ellos era inminente. Toda la Serranía y toda Córdoba se estremeció ante la derrota de Ben Hafsún y el castigo sangriento del Sultán...

Pero la sorpresa no constituyó novedad en el vario reaccionar de los hombres con responsabilidades de mando. El Emir Mohamed recibió al rebelde de Ronda prodigando halagos a su valor... Y el temido y ejemplar castigo reservado a Omar y los suyos, se convirtió en invitación a formar parte del ejército emiral. Omar aceptó. Durante algún tiempo prestó servicio al Emir. Sin embargo, los puestos de subordinado no se habían hecho para él ni aquella era la meta de su vida. Su causa —la causa cristiana— seguía reclamándolo desde la montaña. Y un día entre los días, como dicen las crónicas árabes, huyó con sus hombres a su castillo de Bobastro, que tuvo que tomar al asalto contra la defensa que de la fortaleza hizo en persona el gobernador omeya de la Serranía.

Omar, en esta nueva etapa de dueño y señor de valles y montañas, se declaró abiertamente español, cristiano y enemigo del Islám. A partir de este momento ya no se puede hablar de él como de simple jefe de guerrilla, pues logró ensanches territoriales de importancia y se erigió en verdadera esperanza de todos los cristianos del Sur peninsular, que llevaban casi dos siglos de obediencia al dominio musulmán.

Todo iba bien en el reino de Omar hasta que, por fallecimiento del Emir de Córdoba, Mohamed I, le sucedió su hijo Mondir, que no se avino a aquel estado de cosas y montó una seria campaña contra los rebeldes de la Serranía. Mondir atacó con numerosas fuerzas las resistencias que se oponían a su paso, imponiendo castigos ejemplares: la crucifixión de los más destacados en la resistencia. Por último llegó victorioso a Bobastro y lo sitió con gran lujo de medios. El fin de Samuel Hafsún se aproximaba...

Pero Hafsún, acorralado en los estrechos límites de su castillo, volvió a sentirse guerrillero y recurrió al engaño, a la estratagema y al cara o cruz de jugarse la vida, como se la había jugado tantas veces. Una noche salió del castillo con un puñado de hombres y rompió el cerco de Mondir. En realidad, ésta fue una salida de castigo o para castigar a los sitiadores, pues Hafsún, después de lograr su

objetivo, regresó a su base. A la mañana siguiente, apoyado en esta acción favorable, impuso a Mondir condiciones para la rendición. Según estas condiciones, Omar entregaría la fortaleza y se pasaría con sus hombres a las filas del Emir en acto de sumisión, que efectuaría en Córdoba y ante toda la corte. El Emir, halagado por la idea de verse en Córdoba sentado en su trono y rodeado de los miembros de su gobierno en espera del acto público de la sumisión de Omar, concedió a éste el último favor que le pedía: que le prestara caballerías para efectuar el traslado a Córdoba. Y previo un acto sencillo de rendición sobre el terreno, los sitiados emprendieron la marcha hacia la capital.

Con la entrega de Bobastro se acababa la rebeldía de Omar, y con ella, toda esperanza de resurrección para los cristianos que le habían seguido. En lo sucesivo, enmudecerían las campanas de las iglesias serranas para dejar paso franco a la voz del almuédano llamando a la oración. Mientras Omar, vencido, se alejaba de Bobastro, los vencedores, ya sin prisa, se adueñaban del castillo esgrimiendo al aire el filo curvo de sus cimitarras.

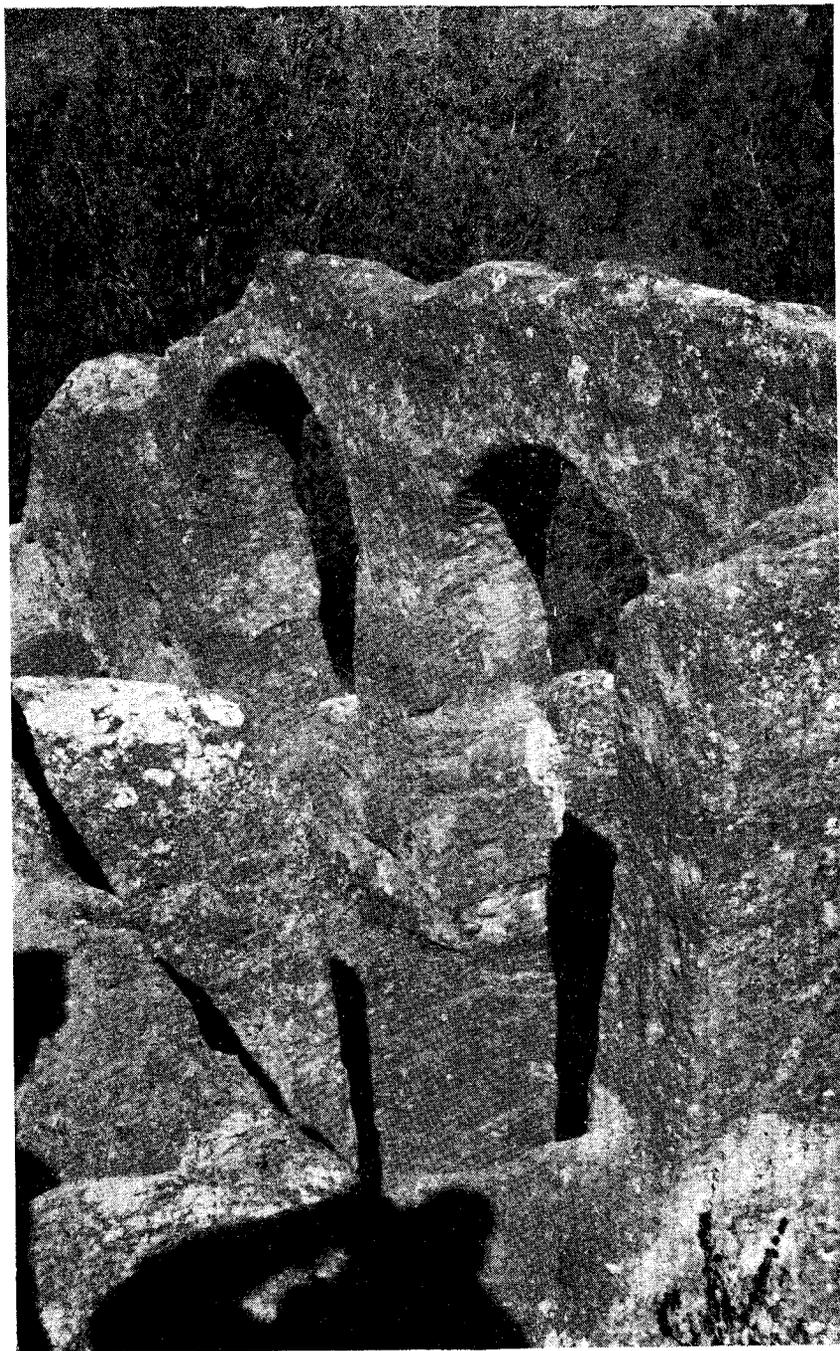
Sin embargo, para Omar Hafsún no había acabado la lucha, sino que estaba empezando... En una revuelta del camino, cerca aún de Bobastro, se lanzó contra la escolta que lo conducía a Córdoba, la desarmó, organizó el regreso a Bobastro y tomó el castillo al asalto.

Era la única manera de romper el cerco que le había puesto el Emir en persona...

Mondir, burlado y colérico, juró que no abandonaría la lucha hasta la captura definitiva de Omar, juramento que no pudo cumplir porque falleció al poco tiempo, probablemente envenenado por su propio hermano y sucesor, Abdaláh. Con la muerte de Mondir se produjeron deserciones masivas del campo moro hacia el cristiano, creándose una situación tan crítica que el mismo Abdaláh tuvo que implorar la piedad del rebelde. Cuenta la historia de estos hechos que cuando el Emir Abdaláh llegó a los muros de Córdoba, no le seguían más que cuarenta jinetes.

El Emir no se resignó a reconocer el enclave cristiano de la Serranía, pero la situación general de la España musulmana —en varias de cuyas ciudades había prendido la rebelión, y lo que es peor, se había extendido el descontento— no le permitió levantar nuevo ejército para reemprender la lucha. Y, como ya había hecho antes su abuelo, trató de atraerse a Omar Hafsún por el halago seguido del reconocimiento de sus méritos: le ofreció el cargo de Gobernador de la Serranía de Ronda. Omar no solamente aceptó tal decisión sino que rindió acatamiento al Emir por medio de un mensaje que envió a la corte por su propio hijo.

Ya reina la paz en la Sierra. Omar Hafsún manda y gobierna en nombre del Emir, y la fértil tierra de la vega vuelve a sentir la caricia del trabajo del hombre, que devuelve, ubérrima, en frutos de todas clases.



Olvido, silencio, roca, luz y sombras... Eso queda de la titánica obra de Samuel Hafsún.

(Foto: Sánchez, Ardales-Málaga.)



Único cuadro que existe de Santa Argétea, *hija* de Samuel Hafsún. Destruído Bobastro el año 927 por huestes de Abderrahmán II, Argétea fue conducida a la corte Omeya, donde tras largo suplicio, fue decapitada el 13 de mayo de 931.

Sus restos mortales reposan en la iglesia de San Pedro, de Córdoba.

El cuadro —óleo de $1 \times 0,80$ — es obra reciente (1957) del artista sevillano Juan Antonio Rodríguez. Lo posee en Ardales (Málaga) D. Antonio Zurita Martín.

Pero a Omar le aburría aquella paz y le aburría, también, aquel mandar en nombre de otro, aunque este otro fuera el Emir de Córdoba. Además, no era su misión la de vivir para sí mientras la causa cristiana precisaba de sus esfuerzos y de sus iniciativas —y quizá de su propio sacrificio, de su propia vida, de esa vida que él había ofrecido tantas veces ante el altar de un ideal condenado a fructificar cinco siglos después de su muerte, acaecida en el año 918—. Porque Omar ben Hafsán, que mejor sería llamarlo y conocerlo por su verdadero nombre de Samuel Hafsún, no era, en verdad, el bandolero que nos describen las crónicas árabes. Es hora ya de que a un hombre que trajo en jaque a tres generaciones de Omeyyas, y que venció a una expedición enviada contra él desde Marruecos, se le deje de llamar bandido, jefe de bandidos, aventurero y oportunista. Habría que tener muy pobre concepto de los españoles de aquella época para admitir que se dejaran mandar durante cerca de cincuenta años por un simple aventurero... Todavía habría que tener más pobre concepto de los ejércitos emirales, que fueron incapaces de someter al rebelde. Un aventurero —y además, canallesco— que llega a mandar en toda Andalucía, desde Algeciras a Murcia, ya no es tan aventurero. Y a mayor abundamiento, tenemos que reconocer que el hecho de que sus datos biográficos no procedan más que de fuentes árabes, agiganta su personalidad. Nosotros, fieles a la honestidad con que debe interpretarse la Historia, estamos de acuerdo en ver en Samuel Hafsún, como ya lo han visto otros historiadores, a un precursor de Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador. Otro Cid Campeador cuyas hazañas no fueron recogidas por ningún romancero. Esta es, quizá, la mayor o la única diferencia que hay entre uno y otro. Y ambos a dos pueden incluirse sin escrúpulos en la lista de caudillos españoles de origen guerrillero.

Habíamos dejado a Omar de gobernador legal donde ya lo era de hecho, o lo que es lo mismo: de gobernador oficialmente reconocido cuando ya lo era sin reconocer. Omar pudo haber mantenido esta cómoda situación de privilegio; sin embargo, al poco tiempo rompió de nuevo con el Emir, expulsó de su territorio a los funcionarios cordobeses y amagó con acciones guerrilleras las mismas puertas de Córdoba.

La amenaza era demasiado fuerte, y las consecuencias que se hubieran derivado de la toma de Córdoba por Samuel Hafsún, incommensurables. Tras Córdoba hubiera caído Sevilla, también sublevada, Toledo, Zaragoza... La Reconquista se habría adelantado en más de quinientos años. El Emir Abdaláh, dando a la situación y a los hechos la importancia que tenían, se decidió a la desesperada por una nueva campaña contra el indomable de Bobastro: era preciso vencerle en su propio castillo y anegar para siempre el fantasma de la rebelión. Un historiador francés se refiere al encuentro de los dos ejércitos con estas palabras:

«Los dos ejércitos se encontraron bajo los muros del castillo de Poley. A pesar de su superioridad numérica y de su confianza presuntuosa, Omar fue vencido en campo raso, como lo fueron siempre esos guerrilleros españoles cuando se encontraron en batalla regular. No son invencibles más que en la montaña, detrás de una roca o, como en Zaragoza en los tiempos de Napoleón, al abrigo de un muro. Mientras Omar huía, Adaláh, dueño del castillo de Poley, castigó cruelmente a los rebeldes, sin perdonar la vida más que a los musulmanes. Por lo que respecta a los cristianos, o abjuraban de su religión o eran decapitados en el acto. A excepción de uno solo de ellos, los demás prefirieron la muerte a la abjuración. Se cortó la cabeza a unos mil cristianos» (8).

Samuel Hafsún no cayó en la carnicería hecha por Adaláh: se replegó a Bobastro y allí volvió a hacerse fuerte. El Emir lo sitió de nuevo e intentó reducirlo por hambre, pero al fin tuvo que retirarse con su ejército sin haber consumado el cerco. Al poco tiempo, Hafsún recuperó las plazas perdidas y con ellas su mando y su poder sobre toda la Serranía, llegando a pretender que el Jalifa de Damasco lo nombrara Gobernador General de la España Musulmana. Esto, que en el fondo debió ser una especulación de altura diplomática, aunque no logrado, le dio pie para intentar una alianza contra el emirato de Córdoba, en lo que también fracasó.

Desde la derrota de Poley, ocurrida en 891, transcurrieron veintidós años de constantes luchas entre el rebelde y el Emir de Córdoba, que al fin dejó este mundo el año 912 sin haber logrado someter a Hafsún.

Fue precisa toda la energía de todo un Abderrahamán III el Grande, nieto y sucesor de Adaláh, para someter a Bobastro, pero no a Samuel Hafsún, que murió cristianamente y de muerte natural el mes de septiembre de 917. Su cadáver fue enterado en la iglesia rupestre del Castillo de Bobastro, por él mismo construida, y su tumba, oradada en la roca del templo, se enseña hoy a los turistas como simple curiosidad...

Después de la muerte de Hafsún, sus hijos mantuvieron la rebeldía durante diez años más frente al poderoso soberano de Córdoba, que en más de una ocasión tuvo que ponerse personalmente al mando de sus ejércitos para atacar la vieja fortaleza, más defendida por la sombra del viejo guerrillero que por el valor de sus descendientes.

Cuando cayó definitivamente Bobastro en poder de Abderrahamán, éste mandó desenterrar el cuerpo de Samuel Hafsún y lo envió a Córdoba, donde estuvo expuesto al público para mofa y escarnio de los cordobeses.

(8) L. BERTAND: Op. cit.

Síntesis de la Reconquista.

Al dedicar tan amplio espacio a Samuel Hafsún, del que un día, no obstante, habrá que escribir mucho más, no nos propusimos sino presentar una encarnación típica de las sublevaciones y de los sublevados que existieron a todo lo largo de la dominación musulmana en la Península Ibérica.

Todos estos sublevados eran tan españoles como los que militaban en campo cristiano, y sólo eran musulmanes por el azar de haber caído en zona invadida. En definitiva, y en términos generales, los que pasaron a la Historia como muladíes y como cristianos renegados, eran musulmanes geográficos. Situaciones análogas se repiten siempre que se produce un fenómeno de secesión territorial, sea cual fuere la causa.

No puede negarse que los árabes usaron de cierta liberalidad religiosa respecto al cristiano y al judío español sometido, pero no fente al que, de una u otra forma, mantenía como principio de vida la fe en la religión de sus mayores. En estos casos, se imponía la persecución, el encarcelamiento en mazmorra y la crucifixión del reo, no faltando testimonios, incluso de fuentes árabes, en los que consta que esta pena llegó a aplicarse colocando al crucificado entre otros dos: un perro y un cerdo. En la España Cristiana también se perseguía al arabizante y al judaizante, y aunque no existe constancia de que se llegara a la infamación en la ejecución de las penas, tampoco éstas debían ser suaves.

El matiz económico se ha considerado poco hasta ahora para valorar la tolerancia musulmana en materia religiosa, e incluso la ausencia de labor proselitista. Mientras el español permanecía cristiano, se podía disponer de él en régimen de esclavitud o de semiesclavitud, lo que constituía una reserva laboral o mano de obra barata, y por esta parte, necesaria y apropiada; además, al convertirse a la religión oficial dejaba de pagar impuestos de vencido, de tal manera que cada español que se hacía musulmán era una fuente de ingresos que se cegaba.

La causa próxima que producía la rebelión solía ser un simple incidente sin importancia; pero la verdadera causa, la remota, hay que buscarla en los entresijos del alma celtibérica, de donde no habían desaparecido las púas de la intransigencia —como jamás desaparecen de los pueblos de arraigada personalidad—, aunque parezca que un colapso histórico pueda hundirlos en el vacío.

El incidente sin importancia inflamaba la rabies ibérica, y ésta, empendolada en llamas antiguas de altivez racial, poco tardaba en convertirse en guerrilla; de la guerrilla surgía el núcleo rebelde, que iba adquiriendo entidad numérica y geográfica hasta transformarse en

verdadero enclave independiente, que solía durar el tiempo que tardaba en aparecer en Córdoba un soberano capaz de reducir a la obediencia, como en el caso de Abderrahmán III. Pero aun así, nunca se llegó en la España musulmana a extirpar por completo el tumor de la rebeldía cristiana, especie de quinta columna con la que contaron siempre los reyes cristianos de la Reconquista para sus expansiones territoriales.

Aunque no sea más que por curiosidad, interesa conocer el movimiento guerrillero que hubo en la España musulmana hasta bien entrado el reinado de Abderrahmán el Grande, haciendo constar que al decir movimiento guerrillero nos referimos al origen de las personas y núcleos rebeldes que los promovieron:

En Extremadura y los Algarbes, al sur de Portugal, mandaba el antiguo cristiano —muladí— Aderrahmán ben Maruán ben Iunes, conocido por *El hijo del Gallego*; en las regiones de Toledo y de Aragón existían los feudos de los Banu Kasi, de conocidísima ascendencia cristiana; en Jaén, el encastillado Adidalán Omnía, con generales y cuerpos de ejército a sus órdenes, que se mantiene independientes, como Samuel Hafsún, hasta los primeros años de Abderrahmán III; entre Córdoba y Jaén, el famoso Saaid Mastana, amigo, consejero y yerno de Hafsún; también en la región de Jaén, los Banu Habil; más al Sur, Jair Chaquir; en Murcia y Lorca, Daisán Isahac, con administración y ejército organizado, y en Beja y Mértola (Portugal), Abdelmalec Chauad, descendiente directo del cristiano Zadulfo.

La acción guerrillera, con su enorme poder de arrastre sobre las masas populares, no decayó nunca durante este complejo ontológico que se llamó Reconquista. Y no solamente no decayó, sino que adquirió carta de naturaleza definitiva como modo de acción bélica a nivel nacional.

Modernamente existe clara y persistente tendencia a presentar la Reconquista poco menos que como un período de experiencia convivencial con signo fraterno. Este error, en nuestra opinión, parte de no considerar como guerra más que las grandes batallas habidas entre los ejércitos cristianos y los musulmanes. Aunque éstas fueron prácticamente incontables, en el tiempo que transcurría entre una y otra seguía la lucha en forma de guerra permanente y con nombre específico: las guerras de frontera. Estas guerras chicas, por llamarles de alguna forma, fueron el nervio bélico de la Reconquista, y no tuvieron más intérpretes que los guerrilleros, ya bajo la forma de las mesnadas de los pueblos fronterizos o de aquellas glosiosas formaciones de aguerridos almogávares, que tan tenazmente defendieron los castillos y fortalezas que jalonaban la frontera entre las dos Españas. La sangre vertida en estas guerras apenas si tuvo más eco que el recogido en los octosílabos de nuestros viejos

romances de frontera, algunos de los cuales todavía cantan hoy los niños españoles y portugueses cuando juegan a la rueda en los parques de las ciudades o en las plazas de los pueblos.

También por parte musulmana hubo organizaciones de planta guerrillera. Los hombres que las constituían se llamaron *monfies*, y la unidad guerrillera, muy probablemente, se llamó *udaría*.